

CAPÍTULO IX

DE CÓMO EL GUARDIA MARINA DE MADERA SUFRIÓ
UNA GRAN TRIBULACIÓN

Las tendencias á lo novelesco y el amor á lo maravilloso eran condiciones muy en la naturaleza del joven Wálter Gay. Á pesar de que Wálter había vivido bajo la guardia de su viejo tío Solomón Gills, no se había aprovechado gran cosa de la experiencia de éste y conservaba intacta su disposición natural. La aventura de Florencia con la vieja Brown, su encuentro luego, eran cosas que llenaban el ánimo de Wálter, sin borrarle ningún detalle. Tenía, sobre todo, presente, el episodio en que había tomado parte y que le encantaba sobremanera : pronto fué esta la preocupación de sus pensamientos y el tema de sus más caprichosos ensueños.

Estos incidentes en que había intervenido Wálter adquirían, sin duda, mayor relieve con las conversaciones á que servían de tema los domingos entre el viejo Solomón y el capitán Cuttle. No pasaba un domingo sin que con este motivo uno de estos dos camaradas hiciera alguna alusión misteriosa á Richard Whittington. El capitán había ido más lejos; había comprado una balada de vetustez considerable

que, en unión de otras muchas de iguales sentimientos marítimos, se balanceaba colgada de una cuerda á la puerta de una tienda en la comercial Road. Esta hazaña poética daba á conocer los amores y el casamiento de un carbonero, novio de una « adorable Margarita », hija de un copropietario y capitán de un barco transporte de carbón, de Newcastle. El capitán Cuttle, en su calidad de profundo psicólogo, hallaba en esta sentimental historia grandes puntos de semejanza con la respectiva situación de Wálter y Florencia. Tanto era su convencimiento, que no perdía oportunidad, en cualquiera fiesta, fuese ó no de domingo, de cantar aquella balada, dando á la palabra Margarita una serie de inflexiones, hasta concluir con una nota sostenida, muy larga : todas las estrofas, en efecto, terminaban con el nombre de la heroína.

Pero un muchacho franco, de espíritu despejado y corazón abierto, como lo era Wálter, no podía detenerse en el análisis de un sentimiento, por vivos que estos fuesen : y así le hubiera sido muy difícil recluir el fondo de sus pensamientos. Verdad es que le complacía ver el punto del muelle donde había encontrado á Florencia y las calles que habían recorrido juntos, aunque no eran, ciertamente, agradables. Como reliquias conservaba las malas chanclas que tantas veces se le habían caído de los pies á Florencia en su memorable peregrinación. Sentado en la habitacioncita que servía de comedor y sala de recibo, dibujó una noche una serie de retratos fantásticos de la vieja Brown, tal como en su imaginación la veía. Era evidente que á partir del día en que se había encontrado á Florencia ponía gran cuidado en vestirse, y no era dudoso que siempre que tenía lugar iba á

dar un paseo por las cercanías de la casa de mister Dombey, con la esperanza, ciertamente infundada, de encontrar á Florencia en la calle. Pero todo esto no eran más que niñadas. Florencia era muy linda y, naturalmente, agrada ver caras bonitas. Florencia estaba falta de protección y nada tenía de particular envanecerse de haberla protegido. Florencia era la criatura más agradecida de la tierra y deleitaba ver la expresión de aquel agradecimiento reflejado en su rostro. Florencia se hallaba menospreciada y en el abandono y Wálter sentía el mayor interés por aquella niña, desamparada en su hogar triste.

Sin embargo, cinco ó seis veces en el año tuvo Wálter ocasión de quitarse el sombrero en la calle para saludar á Florencia, deteniéndose ésta para darle la mano. Mistress Wickam (que por una alteración particular del nombre le llamaba invariablemente el joven Graves) no veía nada malo en estos encuentros, pues no ignoraba que se conocían de antiguo. Miss Nipper, por su parte, casi procuraba las ocasiones de encontrarse, pues la lisonjaban mucho las miradas de Wálter y creía que eran correspondidos sus propios sentimientos.

De esta manera en vez de olvidar Wálter ó de perder de vista á Florencia, iba pensando en ella cada día más. En cuanto al modo novelesco que había dado lugar al conocimiento y á las circunstancias que lo hacían aún más agradable, no hacían sino añadir mayores encantos y alimentar su imaginación con ellos; pero, en todo lo que había pasado no veía Wálter que hubiese algún asunto de interés positivo. Distinguía bien la imagen de Florencia, des-tacada del cuadro; pero no se veía él mismo. Sucediáale algunas veces (y era de ver la rapidez con que pasaba)

imaginarse cuán hermoso hubiera sido para él embarcarse al día siguiente de su primer encuentro, atravesar los mares y abordar á lejanos parajes, realizar allí prodigios de valor y después de prolongada ausencia ser nombrado almirante con su gran uniforme, ó, por lo menos, capitán de navío, con sus brillantes charreteras. Á su vuelta se casaría con Florencia, (hecha ya una bellísima joven); se casaría, á pesar de mister Dombey, de su corbata y de su cadena de de oro, conduciéndola luego, triunfalmente, hacia una playa azul — al menos que no fuera á otras playas... Pero, á pesar de su imaginación no se transformaba la placa de las oficinas de Dombey é hijo en una chapa de oro donde estuvieran escritas sus más brillantes esperanzas. Por eso, cuando el capitán y Solomón traían á capítulo Richard Whittington y las hijas de ricos, Wálter se daba cuenta, mucho mejor que ellos, de su verdadera situación en la casa Dombey é hijo.

Desempeñaba, pues, su cometido, día tras día, con gusto y con ánimo despejado: no participaba de los arrebatos del capitán y de Solomón; mas no por eso dejaba de acariciar mil quimeras al lado de las cuales las aspiraciones de aquellos dos amigos eran cosas triviales. Tal era la situación cuando los hijos de mister Dombey se instalaron en casa de mistress Pipchin. Wálter tenía algunos años más; pero seguía siendo el chico aturdido, alegre, agitador, como en los tiempos en que atacaba la trastienda, al abordaje, al frente de tío Sol y de una inquieta imaginación ó como en los tiempos en que alumbraba á su tío cuando éste bajaba á la bodega en busca del famoso Madera.

— Tío Sol — dijo Wálter, — me parece que no está

usted muy bien. No ha almorzado usted nada. Tendré que ir en busca del médico...

— No me daría lo que necesito, muchacho; — contestó Solomón. — Muy hábil tendría que ser, y... aun así, no podría.

— Ya comprendo; lo que necesita usted son compradores.

— No estorbarían; — contestó Solomón suspirando.

— ¡Vaya con Dios! — exclamó Wálter dejando la taza de té en el platillo y dando con el puño en la mesa. — Cuando veo cómo pasa la gente, todo el día, arriba y abajo por la calle, por delante de la tienda, me dan ganas de salir, de coger á uno por el cuello, de hacerle entrar por fuerza y comprar, quieras que no, valor de doce mil francos de instrumentos, al contado. ¡Eh! ¿qué hace usted ahí, á la puerta? — continuó Wálter apostrofando á un señor viejo que se había parado ante el escaparate mirando un antejo marino, y que, naturalmente, á la parte de afuera no podía oír al muchacho. — Lo que hace usted ahí no vale. Eso lo puedo hacer yo también. ¡Entre usted y cómprelo!

El señor viejo, satisfecha su curiosidad, siguió su camino.

— ¡Pues, señor, se va! — dijo Wálter. — Todos son lo mismo. Veamos, tío... ¿qué es eso? — añadió Wálter al ver cómo su tío permanecía silencioso. — No se preocupe usted tanto. Ya vendrán los pedidos, y puede que no consiga usted dar abasto...

— Cuando lleguen á venir los pedidos, muchacho, — contestó tristemente Sol, — ya seré yo demasiado viejo. No vendrán á esta tienda hasta que yo me haya marchado.

— ¡Vamos! no diga usted semejante cosa, tío; —

dijo Wálter con suplicante voz. — No diga usted tal cosa.

Tío Sol modificó cuanto pudo el semblante, procurando sonreír á su sobrino desde el otro lado de la mesa.

— No ocurre nada de nuevo... ¿verdad tío? — preguntó Wálter apoyando los codos en la mesa, inclinándose hacia Solomón y hablando algo más bajo con tono cariñoso. — Sea usted franco y dígame, le ruego, si es que le ocurre algo.

— No, no; — repuso Solomón. — ¿Algo de nuevo? No, no; ¿qué podría ocurrir aquí de nuevo?

Wálter movió negativamente la cabeza y añadió: — Eso es precisamente lo que quisiera yo saber, tío. Y usted me lo pregunta... En momentos así, al verle á usted tan abatido, es cuando me pesa el vivir con usted.

Solomón levantó la cabeza enteramente sorprendido.

— Sí; — continuó Wálter. — No digo más que lo que pienso; no creo ser nunca más feliz que estando á su lado; pero, cuando le veo á usted agobiado, lamentando de veras el vivir con usted.

— Algunas veces estoy triste, ya lo sé; — dijo Solomón restregándose despacio las manos.

— Lo que yo quiero decir, tío, — prosiguió Wálter inclinándose aún más hacia Solomón hasta tocarle ligeramente con la mano en el hombro, — es que quisiera yo ver aquí, en mi sitio, sirviendo á usted el té, una mujercita bien complaciente ó mejor una respetable señora, una excelente mujer, correspondiente á usted, de su clase, que pudiera cuidarle y supiera distraerle. Mientras que yo, un sobrino que le quiere como el que más, pero en último resultado un sobrino,

no puedo, no podré nunca, ser lo que para usted hubiera sido una compañera que, desde hace muchos años, le hubiera consolado en sus penas cuando la tristeza se apodera de usted. Y sin embargo, ¡cuánto daría yo por verle á usted contento! Por esto digo que cuando lo veo á usted pesaroso, siento que no tenga usted por compañía más que á un muchacho como yo, un aturdido sin finezas, que quisiera consolar á usted y no sabe cómo. Si — añadió Wálter cogiendo la mano de su tío y estrechándola, — ¡yo no sé cómo!

— Wálter, hijo mio; — dijo Solomón, — aunque una mujercita cariñosa hubiese ocupado durante cuarenta años ese sitio que ocupas tú, no la hubiera tenido más cariño que á ti.

— Ya lo sé, tío Sol; — dijo Wálter. — Dios se lo recompense. Pero si hubiera tenido usted una compañera á su lado, no habría guardado usted para sí solo el peso de sus calamidades; ella habría sabido hacer que usted las olvidara. Mientras que yo, no sé.

— Sí, si sabes; — contestó Solomón.

— Entonces dígame usted qué tiene. ¿Qué tiene usted, tío, qué le ocurre? Dígame ese secreto.

Solomón repitió que no tenía nada, y tan positivamente lo dijo, que Wálter se vió obligado á hacer que lo creía.

— Todo lo que puedo asegurar á usted, tío, es que si hay algo que...

— Pero si te digo que no hay nada...

— Está bien. En este caso tampoco tengo yo nada que decir y me alegro, porque ya es hora de ir al escritorio. Sin embargo, de aquí á la tarde, vendré á ver si le ocurre á usted algo. Y acuérdesese usted bien que si me engaña, si le sucede alguna cosa que no quiere

decirme, nunca le volveré á hablar de míster Carker, el menor, y ¡no volveré á creerle nunca!

Solomón Gills le retó, sonriendo, á que le encontrase en alguna falta. Entonces Wálter, imaginando mil impracticables caminos para llegar á la fortuna y de procurar al guardia marina de madera una situación independiente, se marchó á la oficina más pre-ocupado que de costumbre.

Por aquel tiempo habitaba en la casa de la esquina, calle de Bishopsgate Without, un señor llamado Brogley, tasador y agente ejecutivo jurado, que tenía una tienda atestada de muebles de todas clases, usados, almacenados sin orden ni concierto. Había sillas enganchadas de tocadores, los cuales, para mantenerse en equilibrio, se recostaban en aparadores, así como éstos se apoyaban en mesas boca abajo, cuyas patas al aire sostenían, en prodigio gimnástico, otras vacilantes mesas. Y aun este era uno de los más razonables arreglos. Un servicio entero de entreplatos, vasos de cristal y botellas se veía formado encima de una gran cama de colgaduras, para entretenimiento de tenazas, y de una farola de recibimiento, aparentemente convidados al banquete y acomodados junto al servicio. Un juego de cortinajes de balcón, sin balcón, se desplegaba graciosamente sobre una barricada de cómodas, encima de las cuales campaban multitud de botes de farmacia. Una alfombra de chimenea, sorprendida de verse tan lejos de su inseparable compañera de lumbre, en lugar de achicharrarse como otras veces, tiritaba de frío, armonizando en sus tristes suspiros con las débiles quejas de un piano que iba perdiendo cuerdas y que juntaba, al ruido de la calle, sonidos discordantes y agudos. Diferentes relojes, con sus manecillas inmóviles y al parecer

tan incapaces de seguir adelante como los negocios de sus antiguos dueños, se veían por unas y otras partes de la tienda, y diversos espejos, colocados sin el menor cuidado de reflexión ni refracción, daban á la vista la eterna perspectiva de ruina y bancarrota.

Mister Borgley era una persona de ojos vivos, de complexión robusta, el pelo crespo y la cara bien llena — porque esta clase de Cayos Marios que asientan su existencia sobre la ruina de toda especie de cartagineses se conservan á maravilla. Algunas veces había entrado en la tienda de Solomón para preguntarle alguna cosa referente á los artículos de su especialidad; así, Wálter le conocía lo bastante para saludarle, al pasar, si se lo encontraba. Pero como no eran otras las relaciones entre aquel señor y Solomón Gills, no quedó Wálter poco sorprendido cuando, volviendo al medio día, según lo prometido, se encontró á mister Brogley, sentado en la trastienda, con las manos en los bolsillos y su sombrero colgado detrás de la puerta.

— ¿Cómo va, tío? — dijo Wálter entrando.

Solomón estaba sentado al otro lado de la mesa y, cosa rara, con los anteojos puestos. Solomón movió la cabeza y tendió maquinalmente la mano como para presentarle al tasador.

— ¿Ocurre algo? — preguntó Wálter inquieto.

— No, no; nada ocurre — dijo mister Brogley. — Puede usted estar tranquilo.

Wálter le miró, luego miró á su tío, mudo de asombro.

— Trátase, — añadió mister Brogley, — de un pequeño pago, que no ha sido hecho: trescientas setenta libras esterlinas, más las costas. Tengo en mi poder el pagaré.

— ¡El pagaré!... — exclamó Wálter mirando en derredor de la tienda.

— ¡Ah! — prosiguió mister Brogley de manera confidencial y moviendo la cabeza como para testimoniar el deseo de una avenencia. — Es un embargo, simplemente un embargo. Pero no se inquieten ustedes por esto. He venido yo mismo para que nos podamos entender amigablemente. Ya me conocen ustedes, todo quedará entre nosotros.

— ¡Tío! — exclamó Wálter.

— Hijo mío; — contestó Solomón. — Es esta la primera vez. Nunca me ha sucedido una desgracia semejante. Y ya soy demasiado viejo para volver á comenzar. — Dicho esto levantó los anteojos sobre la frente (pues ya no le servían para disimular su emoción), y ocultando la cara entre las manos sollozó dejando caer las lágrimas sobre su chaleco de color de café.

— ¡Tío, por Dios! no llore usted. — exclamó Wálter verdaderamente asustado al ver cómo lloraba el anciano. — ¡No llore usted, por Dios! Dígame usted, señor Brogley, ¿qué puedo hacer yo?

— Le recomiendo que vea á algún amigo y le exponga la situación. Es lo mejor que puede hacer.

— Es verdad, tiene usted razón. Muchas gracias — contestó el joven acogiéndose á aquella esperanza. — El capitán Cuttle es un hombre, tío. Él nos sacará del apuro. Corro á casa del capitán. Hágame usted el favor, señor Borgley, de cuidar de mi tío y atenderle mientras yo vuelvo. Ánimo, tío; tenemos un excelente, un leal amigo.

Y poseído de ardimiento, sin mirar á su tío ni detenerse á nada, se echó á la calle. Corrió en primer lugar al escritorio de mister Dombey, para prevenir que en una repentina enfermedad de su tío era for-

zoso acompañarle, y luego á toda prisa se dirigió á casa del capitán Cuttle.

Todo le parecía cambiado en las calles; no tenían el aspecto de siempre; había, sí, el mismo estrépito de coches, carros, ómnibus, el mismo tránsito de gente, pero la desgracia del pobrecillo guardia marina cambiaba á la vista de Wálter todo aquel movimiento presentándolo de una manera extraña. Las casas y las tiendas eran distintas á lo usual hasta entonces; Wálter leía en las muestras el pagaré de mister Brogley en grandes caracteres. La traza del tasador ejecutivo aparecía hasta en los campanarios que, elevándose al cielo, tenían la rigidez de un agente de embargos.

Vivía el capitán Cuttle junto á un canalillo cerca de los docks de las Indias; un puente giratorio de vez en cuando abría paso á algún enorme barco que iba remontando la calle como una especie de cachalote en seco. Era curioso fijarse en las transformaciones que se notaban en las costumbres terrestres, acomodándose á las marítimas, á medida que iba llegando á la casa de Cuttle.

Al principio eran mástiles, que servían de muestra á tiendas de bebidas; luego eran tiendas de ropa marinera, camisetas de Guernsey, sombreros de hule, pantalones de lana de corte acampanado; todo ello colgado por fuera de la tienda. Algo más allá eran fraguas de anclas, cadenas y cables, en las que día y noche se escuchaba el ruido del martillo en el yunque. Después aparecía una hilera de casas de cuyos tejadillos surgían mástiles pequeños coronados por veletas y rodeados al pie por matas de habas rojas. Luego venían fosos; luego saucos pelados; luego más fosos; después unos espacios llenos de agua de mar

que apenas se veía, cubierta, como estaba, de barcos. Después sentíase un olor á virtutas y todos los demás materiales relacionados con la construcción de palos, masteleros, entenas y vergas. El suelo se hacía movedizo y acuoso; el aire trascendía á ron y azúcar. Por último, la casa de Cuttle — un piso primero y único — cerraba el paso en la Brig-Place.

Era el capitán uno de esos hombres formados de un solo bloque, de los cuales es imposible separar ni por la imaginación más poderosa, el menor de los detalles componentes. Así, cuando Wálter llamó á la puerta y cuando el capitán inmediatamente asomó la cabeza por una ventana de la calle, Wálter le vió con su sombrero de hule, su gran cuello de camisa semejante á un velamen, y su vestido azul; no era posible que se encontrara de otro modo.

— ¡Hola, Wálter! — dijo el capitán. — Acércate á la puerta y vuelve á sacudir; pero firme, firme. Hoy es día de jabonado.

Wálter en su impaciencia dió con el llamador un golpe tan fuerte, que medio quebrantó la puerta.

— Así, querido; — exclamó el capitán, retirándose al momento de la ventana como si previera una tormenta.

Y no se equivocaba. Surgió en la puerta una mujer, arremangada de brazos hasta el hombro, llena de espuma de jabón, todavía humeante: se quedó contemplando el llamador y luego miró de arriba abajo á Wálter, diciéndole:

— Milagro que haya quedado entero: fuerte tiene que ser de veras.

— El capitán está, ya lo sé, — dijo Wálter con una conciliadora sonrisa.

— ¡ Ah! ¿ con que lo sabe usted? ¡ Vaya, hombre!

— Puesto que me acaba de hablar...

— ¿ Con que le ha hablado á usted? Me alegro mucho. Bueno; pues haga usted el favor de felicitarle de parte de la viuda de Mac-Stinger, y dígame que cuando vuelva á respetarse tan poco, á él y á la casa, hará muy bien en bajar á abrir la puerta él mismo.

La viuda Mac-Stinger decía todo esto en voz alta, de modo que lo oyesen en el primer piso, á ver si se atrevían á defenderse.

— Pierda usted cuidado, señora; — contestó Wálter; — haré el encargo si me permite usted pasar.

La verdad era que detrás de la puerta comenzaba una fortificación de tablas dispuestas para que los chicos Mac-Stinger no rodaran, al jugar, por la escalera.

Mistress Mac-Stinger dijo á Wálter, con tono desdenoso:

— Un joven que es capaz de derribar una puerta, podrá pasar por ahí encima, ¡ me parece!

Y como Wálter, tomando estas palabras por un permiso, entró, efectivamente, al asalto escalera arriba, la señora viuda comenzó á dar voces, diciendo que si la casa de una señora inglesa era ó no respetable y si podía invadirse de aquella manera por la gentuza. Todavía seguía alborotada la viuda, cuando Wálter, á través de la bruma de jabón que llenaba el ambiente con humo pegajoso, entró en el cuarto del capitán, que le esperaba emboscado detrás de la puerta.

— No la debo ni un céntimo, — dijo Cuttle á Wálter, con aire de terror y en voz baja. — Siempre le he guardado, á ella y á sus hijos, toda clase de consideraciones. Pero eso es una fiera...

— Pues yo, en lugar de usted, me iría; — dijo Wálter.

— No me atrevo — repuso el capitán. — Me buscaría por todas partes, me perseguiría... Pero siéntate.

¿ Cómo está Gills?

El capitán estaba comiendo en aquellos momentos (con el sombrero puesto) y tenía delante un trozo de carnero, un jarro de cerveza y unas cuantas patatas, bien calientes, que había cocido él mismo y que iba sacando de una cacerola aún puesta á la lumbre. Para comer se destornillaba la mano de madera y en su lugar se atornillaba un cuchillo: peló con éste una patata y se la ofreció á Wálter. Las habitaciones de aquel piso eran chicas, pero bien acondicionadas: todos los objetos amarrados sólidamente, como si hubiese que temer un terremoto cada media hora.

— ¿ Cómo va Gills? — repuso el capitán.

Wálter, que durante este tiempo había ido perdiendo las fuerzas que su tensión de espíritu le daba, ó, por lo menos, el ánimo que le había sostenido en su venida rápida, miró un momento á su interlocutor y rompió en sollozos, exclamando:

— ¡ Oh! capitán, capitán Cuttle.

Es imposible describir la consternación que se apoderó del capitán al ver aquello. Se le borró hasta la imagen de su patrona Mac-Stinger: dejó caer la patata y el tenedor, y hasta se le hubiera caído el cuchillo si no lo hubiera tenido atornillado. Quedóse con la boca abierta, mirando á Wálter: pensó que éste iba á darle noticia de que se había abierto un cráter en la City, y que este cráter se había tragado á su amigo Gills, con su traje de color de café, sus botones, cronómetro, anteojos y todo lo demás.

Pero Wálter le explicó lo que sucedía, el capitán

se quedó pensativo un instante y se levantó inmediatamente con aire de resolución. Cogió una cajita de metal que estaba en lo alto del aparador : sacó de ella todo el dinero que encerraba (trece libras esterlinas y media corona) ; lo metió en un bolsillo de su chaleco azul ; añadió á su recolección el contenido de su arcón de vajilla de plata que consistía en dos cucharitas de café y unas tenacillas para el azúcar : puso de manifiesto su reloj de bolsillo, igualmente de plata y de dos tapas ; asegurándose de que se hallaba en buen estado. Hecho esto, atornilló su mano de madera en la muñeca y cogiendo un gran bastón de nudos, dijo á Wálter que le siguiera.

Acordándose, sin embargo, en medio de aquella excitación generosa, de la temible Mac-Stinger y de la posibilidad de que ésta le espíase, vaciló. Se asomó á la ventana, calculó la altura como si tuviese intención de tomar aquella salida, prefiriéndola al encuentro con la fiera. Por último, decidió recurrir á la astucia.

— Wálter — dijo timidamente el capitán, — sal tú el primero. Cuando hayas llegado al portal, gritame por el hueco de la escalera. « Adiós, capitán, hasta otro día », y cierra la puerta de golpe. Luego vete hasta la esquina de la calle y allí espérame.

Estas instrucciones eran fruto del exacto conocimiento que de la táctica enemiga tenía el capitán Cuttle. En efecto, al llegar, al pie de la escalera vió Wálter salir de la cocina á la patrona, como una furia vengadora. Pero cuando la viuda se enteró de que el capitán se quedaba en su cuarto, se volvió á la cocina, aunque murmurando algunas alusiones al llamador.

Algunos minutos se pasaron antes de que el capi-

tán se decidiera á la escapatoria : Wálter estuvo largo rato contemplando la casa, sin percibir el más pequeño sombrero de hule. Por fin, se abrió la puerta y salió el capitán como una explosión, encaminándose hacia Wálter á grandes pasos y sin volver la cara. Cuando dejaron atrás la calle, el capitán se puso á silbar bravamente un tiempo de marcha.

— ¿ De manera — preguntó á Wálter — que el pobre Solomón está en seco ?

— Tengo miedo. Si le hubiera visto usted esta mañana... — contestó Wálter.

— Paso redoblado, muchacho ; — repuso el capitán alargando el paso — y camina de esta manera hasta el fin de tus días. Abre el catecismo y ya encontrarás este precepto : guárdalo.

El capitán estaba harto preocupado con lo de Solomón Gills y acaso también con sus reflexiones acerca de su fuga de casa, para detenerse á dar á Wálter más lecciones de conducta moral. Así prosiguieron la marcha sin hablar más palabras, hasta que llegaron á la puerta de la tienda de Gills. El desgraciado muñequito guardia marina, con su antejo de larga vista en la mano, parecía examinar el horizonte para descubrir á algún amigo que viniera en su auxilio.

— Gills ; — dijo el capitán entrando de golpe en la trastienda y estrechando con fuerza la mano de su amigo, — cara al vendaval y luchemos con la tormenta.

El viejo Solomón correspondió al apretón de manos de su amigo y le dió las gracias.

El capitán Cuttle, con la gravedad que requerían las circunstancias, depositó sobre la mesa las dos cucharillas, las tenacillas, el reloj y el dinero ; hecho

esto, preguntó á mister Brogley á cuánto ascendía la deuda.

— Veamos, ¿cuánto da usted por esto? — dijo el capitán Cuttle.

— ¡Por Dios! — replicó el agente de embargos. — No se imaginará usted, supongo, que eso sirve para algo.

— ¡Cómo que no! — exclamó el capitán.

— Como que el importe del pagaré es de trescientas setenta libras esterlinas.

— No le hace; — repuso el capitán, aunque evidentemente desconcertado por la magnitud de la cifra. — Yo creo que la red de ustedes sirve para todos los peces.

— Ciertamente; — contestó mister Brogley, — pero no es lo mismo sardinas que ballenas.

La filosofía de esta observación dejó parado al capitán : se quedó mirando al tasador como si contemplara á un profundo ingeniero y luego llamó aparte á Solomón.

— Gills; — dijo el capitán; — ¿qué deuda es ésta, de dónde viene esto y quién es el acreedor?

— ¡Silencio! — replicó el anciano. — Salgamos un momento. No hablemos delante de Wálter. Se trata de un asunto de su padre, de una garantía á favor suyo : es cosa muy antigua. He pagado ya una gran parte, Eduardo; pero los tiempos son muy duros y ya no puedo hacer más. Ya lo había previsto, Ni una palabra á Wálter, ¡por nada del mundo!

— ¿Pero no tenías un poco de dinero, no tenías nada? — insistió el capitán.

— Sí, sí tenía; — contestó Solomón metiéndose las manos en los bolsillos y sacándolas luego para llevarselas á la cabeza como si de allí pudiera sacar oro; —

pero lo poco que tenía ha desaparecido y ya no vuelve. He querido que aprovechara á Wálter ¡pero nada, estoy montado á la antigua, yo no soy de este tiempo. Coloqué dinero aquí y allá y... y es lo mismo que si no lo hubiera colocado en ninguna parte!

Diciendo esto Solomón se quedó mirando en derredor como aturdido.

Parecía aturdido, en efecto, como una persona que hubiera escondido su dinero en diferentes sitios y ya no se acordase dónde. El capitán le seguía con la vista, como esperando que al fin Solomón se acordara de haber puesto en la chimenea ó en la bodega algunos centenares de libras. Pero Solomón era más inteligente que esto.

— Me he quedado muy atrás, Eduardo; — dijo Gills con tono resignado; — yo no soy de estos tiempos. Es inútil arrastrar esta situación por más tiempo. Más vale dejar que me vendan la tienda; cubrirá la deuda y aún más. Luego me iré á morir por ahí, á cualquier parte. Ya no tengo ánimos. No entiendo una palabra de negocios; más vale concluir. Que se venda la tienda y que le quiten... — dijo el viejo con voz emocionada señalando al guardia marina de madera, — que le quiten de su sitio... ¡nos marcharemos juntos!

— Y de Wálter, ¿qué harás? — dijo el capitán. — ¡Ea, ea! Siéntate, Gills, siéntate y déjame reflexionar un poco. Si no fuese un pobre hombre que vive de su pensión anual, que le da justo para vivir día por día, no tendría mucho que cavilar: ya verías. Pero tú das frente al vendaval — añadió el capitán volviendo á suministrar aquel inapreciable consuelo — y todo irá adelante.

El viejo Sol repitió las gracias á su amigo, pero en

vez de dar cara al viento dió, al levantarse, con la cabeza en el mármol de la chimenea.

El capitán se puso á pasear por la tienda pensando qué haría : frunció las cejas de una manera tal que la nariz semejaba una montaña cuya cima apenas se veía, escondida entre nubes. Wálter no se atrevía á dirigirle la palabra, por miedo á interrumpir sus meditaciones. Mister Brogley, que no quería incomodar á nadie y que sabía guardar las conveniencias se paseaba también, silbando bajito y pasando revista, como quien no hace nada, á los objetos de la tienda, sacudía los barómetros, movía las brújulas lo mismo que si se tratara de agitar una medicina, atraía llaves con los imanes, miraba por los anteojos, trataba de familiarizarse con las esferas, se ponía encima de la nariz los astrolabios, se distraía, en fin, con otras ocupaciones semejantes.

— Wálter ; — exclamó el capitán. — Ven acá. He encontrado el medio.

— ¿ De veras, capitán ? — dijo Wálter con grande animación.

— Como lo oyes, querido ; — dijo Cuttle. — Con toda seguridad. Apriétalo. Aquí tenemos una garantía : la tienda ; y otra garantía, que soy soy. Pues con estas dos garantías, nos va á prestar dinero tu principal.

— ¡ Mister Dombey ! — balbució Wálter.

El capitán movió la cabeza gravemente.

— Mirale bien ; — dijo á Wálter. — Mira al pobre Gills. Si le venden todo esto, se muere ¿ no es verdad ? Tú lo sabes. Pues hay que cogerse á un clavo ardiendo. Y el clavo es mister Dombey.

— Un clavo ardiendo, mister Dombey... — dijo Wálter temblando.

— Ya estás corriendo á la oficina para saber si podemos hablar á mister Dombey ; — añadió el capitán dando á Wálter una palmada en el hombro ; — ¡ ya estás corriendo !

Wálter comprendía que no podía discutir aquella orden. — Una mirada á su tío le hubiera decidido, además, caso de haber dudado, — y desapareció á cumplir el encargo. Obedeció, volvió á la carrera ; mister Dombey no estaba : era sábado y se había marchado á Brighton.

— Perfectamente ; — dijo el capitán que, al parecer, lo tenía previsto todo. — Pues nos vamos á Brighton. Nos vamos los dos, tú y yo, amiguito ; en el primer coche de esta tarde.

Si era absolutamente indispensable recurrir á mister Dombey, cosa que horrorizaba á Wálter, mejor hubiera querido éste hablarle á él solo, sin la personal influencia del capitán Cuttle, á quien mister Dombey no habría de conceder el menor crédito. Pero el capitán era de una opinión diametralmente opuesta, estaba resuelto á acompañarle, y como su amistad era tan afectuosa y tan sincera, no se atrevió Wálter á contrariarle arriesgando alguna observación. De esta manera, el capitán se despidió de Solomón al momento y se metió en el bolsillo el reloj, las tenacillas, las cucharillas y el dinero con la intención — que llenó á Wálter de terror — de impresionar con ello favorablemente á mister Dombey. Y sin perder minuto se dirigió con Wálter hacia la salida de diligencias, repitiéndole en todo el camino, que podía contar con que no se apartaría de él hasta el fin.